

María Cegarra y Miguel Hernández. Bajo la luna y el cielo de La Unión

María Cegarra and Miguel Hernández. Under the Moon and the Sky of La Unión

Aitor L. LARRABIDE

Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández
alarrabide@hotmail.com

Resumen: En la primera parte del trabajo se rastrea la relación intelectual y de amistad de Miguel Hernández con María Cegarra, que se inició en Orihuela con un homenaje a Gabriel Miró, el maestro literario de ambos. Después continuó con varias actividades organizadas por la Universidad Popular de Cartagena, como el homenaje a Lope de Vega. También se contrastan dos obras primerizas de ambos: *Perito en lunas* (1933), de Hernández, y *Cristales míos* (1935), de Cegarra. En la segunda parte, se pasa revista a la crítica especializada que ha estudiado la relación de Miguel Hernández y María Cegarra.

Palabras clave: Miguel Hernández, María Cegarra, Gabriel Miró, Lope de Vega, Universidad Popular de Cartagena.

Abstract: The first part of the work traces Miguel Hernández's intellectual relationship and friendship with María Cegarra, which began in Orihuela with a tribute to Gabriel Miró, their literary master. Then it continued with several activities organized by the Popular University of Cartagena, such as the homage to Lope de Vega. Two first-time works by both are also contrasted: *Perito en lunas* (1933), by Hernández, and *Cristales míos* (1935), by Cegarra. In the second part, a review is made of the specialised critics who have studied the relationship between Miguel Hernández and María Cegarra.

Keywords: Miguel Hernández, María Cegarra, Gabriel Miró, Lope de Vega, Popular University of Cartagena.

Fecha de recepción: 22/07/2019

Fecha de aceptación: 09/10/2019

La relación de María Cegarra con Miguel Hernández ha hecho correr ríos de tinta y ha alimentado polémicas de todo tipo, centradas en la teoría de una relación amorosa o sentimental que tuvo sus repercusiones en la obra poética del oriolano. Vamos a trazar el itinerario de esa particular amistad.

Homenaje a Gabriel Miró

Ambos, Cegarra y Hernández, se conocieron en Orihuela el domingo 2 de octubre de 1932, con motivo de la inauguración del busto dedicado a Gabriel Miró en la Glorieta que desde entonces lleva su nombre. Cegarra acompañó a la delegación procedente de Cartagena, de personas integrantes de la Universidad Popular de Cartagena, dirigida por Antonio Oliver Belmás y Carmen Conde.

Miró representaba para esos jóvenes un guía literario incuestionable en el que retratarse, tanto por la belleza de su prosa casi poética, en la que la belleza nace de la palabra misma, fecundada por el sentimiento y la relevancia del paisaje, como por el retrato agudo y profundo de caracteres (con burla irónica dirigida a los burgueses), y también ejemplo de ciudadano progresista que perseguía una Orihuela (su madre era oriolana) en la que la Iglesia como institución no llevara la batuta de la organización social, representada por la Compañía de Jesús.

Ramón Sijé, José María Ballesteros, José María Pina y el propio Miguel Hernández organizaron el acto e invitaron a escritores murcianos (Raimundo de los Reyes), cartageneros (Antonio Oliver Belmás, Carmen Conde, José Rodríguez Cánovas, etc.)

y de La Unión (María Cegarra). Para la ocasión se publicó la revista de número único *El Clamor de la Verdad*, que contó con trabajos de, entre otros, María Cegarra (tres «Poemas», si bien parecen más bien prosas poéticas), Oliver Belmás («El cuerpo derruido»), Conde («Dolor de meditación» y «Barco en marcha», poemas dedicados a Miró), Hernández (el poema «Limón» y la prosa poética «Yo. La madre mía») y Raimundo de los Reyes (el ensayo «Estilo»). Después de la inauguración, llevada a cabo por Ernesto Giménez Caballero, con bronca incluida, esta fiesta cultural, de auténtica comunión intelectual regional en el sentido amplio de la expresión, finalizó con una conversación entre Conde, Cegarra y Hernández en el Hotel Palace.

En aquel lugar se anudó una relación de amistad en torno a la poesía que tenía, necesariamente, que prosperar. Se organizó un eje cultural de primer orden entre Cartagena, Murcia y Orihuela, además de La Unión, configurando un Levante o Sureste literario ideales que superaba barreras territoriales administrativas y aspiraba a servirse de la cultura como nexo principal de unión, y con Gabriel Miró como guía espiritual y creativo.

La Universidad Popular de Cartagena, por su parte, organizó una semana de homenaje a Miró, del 24 al 30 de septiembre, unos días antes del acto de Orihuela. Sijé fue invitado para ofrecer la conferencia «Oleza, pasional natividad estética de Gabriel Miró», que dedicó a María Cegarra, y que fue publicada en 1990 por José Antonio Sáez Fernández.

La relación de Sijé con Cegarra siguió más allá del acto dedicado a Miró. En el archivo de Sijé se conserva una carta manuscrita de Cegarra fechada en La Unión el 18 de abril de 1934, en respuesta a otra anterior de Sijé. En la misma, Cegarra acusa recibo de los impresos de suscripción a la revista *El Gallo Crisis* y se disculpa por no poder atender la petición de Sijé de que acepte la corresponsalía de la revista oriolana en Cartagena,

debido a que la unionense va poco por la Ciudad Portuaria y allí sólo conoce a Carmen Conde y a Antonio Oliver. Propone como corresponsal administrativo a Juan Campos de Miguel, residente en Cartagena. Concluye la carta del siguiente modo: «Les deseo los mayores éxitos en su revista». Un mes después de la muerte de Sijé, María Cegarra escribirá el artículo «Ramón Sijé», publicado en *Levante Agrario* el 25 de enero de 1936. Más adelante nos referiremos a este artículo cuando tratemos la relación entre Miguel Hernández y la poeta unionense.

Relación con la Universidad Popular de Cartagena

Con posterioridad a ese importante homenaje a Miró, Sijé pronunció una conferencia en la Universidad Popular de Cartagena que llevaba el título, precisamente, de «Conferencia Ridícula», y como subtítulo «Explicación comentada del cuaderno de poesía “Perito en lunas” de Miguel Hernández», el sábado 28 de enero de 1933, organizada por la propia Universidad Popular de Cartagena y la Federación Universitaria Escolar (FUE), a la que le acompañó Miguel Hernández porque también se anunciaba el comentario de su poema «ELEGÍA MEDIA- del toro», con ayuda de un cartelón de Rafael González Sáenz, autor del retrato del poeta oriolano que figura en su primer libro. Quizás Hernández se reencontrase entonces con María Cegarra.

El 28 de julio de ese mismo año 1933 Sijé y Hernández intervinieron de nuevo en Cartagena con la conferencia del primero «El sentido de la danza. Desarrollo de un problema barroco en “Perito en lunas”, de Miguel Hernández Giner», y, por parte del segundo, explicó de nuevo su poema «ELEGÍA MEDIA-del toro», con un cartelón, en esta ocasión, de Francisco de Díe. El acto lo ofrecieron por vez primera en el Ateneo de

Alicante el 29 de enero anterior. Otra ocasión, quizás, para reencontrarse de nuevo con María Cegarra.

Dos primeros poemarios frente a frente

El primer libro de Cegarra, *Cristales míos*, publicado en 1935 por su editorial, Levante, llevaba un prólogo de Ernesto Giménez Caballero, al que, recordemos, conoció en Orihuela tres años antes. El libro lleva con fecha en el colofón del 17 de abril de 1935. Fue reseñado por Benjamín Jarnés y comentado por Manuel Bueno y Juan Ramón Jiménez. No extraña que Jiménez se fijara en él, porque la alquimia poética de que se componía procedía, en gran medida, del moguereno. Y deudor, por otra, de Gabriel Miró, algo que la crítica no ha destacado y que conviene ahora aventarlo. La muerte de su hermano Andrés el 14 de enero de 1928 le llevará a María a escribir poesía o prosa poética, esta última modalidad muy en boga entonces. El poemario comprende 82 composiciones escritas entre 1934 y 1935. Lo interesante es que este libro lo podemos relacionar, en su configuración interna y uso de metáforas, con *Perito en lunas* de Miguel Hernández, que contiene 42 octavas reales escritas en 1932. El término común a ambos libros es «trasmutación», trasmutación de la materia en espíritu, en sentimiento desligado, en deseo etéreo, en tiempo recobrado, en ascensión y comunión con el mar y la luz... La luz, elemento mironiano por antonomasia, une ambos libros. Son libros de una poesía de síntesis, con la palabra precisa que perfila límites a través de metáforas e imágenes. En la primera de las cartas de Hernández dirigidas a Cegarra, fechada en Madrid el 7 de septiembre de 1935, le ofrece su opinión sobre el primer libro de la unionense:

He leído tu libro muy bien: ¡qué a la perfección te reflejan esos poemas femeninos, rociados de pólenes de las minas y el corazón, sumergidos en melancolía, mar y soledades! A mi sencillo parecer has hecho una obra que ya quisieran hacer muchas de las mujeres poetas.

Y más adelante le dice: «Te diré que me han conmovido muchos de tus poemas y que te agradezco eternamente el mío». Se trata del poema 43, al que más adelante volveremos.

Homenaje a Lope de Vega en Cartagena

En 1935 se cumplían tres siglos de la muerte de Lope de Vega. Miguel Hernández participó, durante el curso 1934-1935, concretamente el 27 de agosto de 1935, en el Ateneo de Cartagena, invitado por la Universidad Popular, con la conferencia «Lope de Vega en relación con los poetas de hoy», a la que siguió una lectura de sonetos del propio Lope y versos del oriolano extraídos de su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve* y sombra de lo que eras, publicado por la revista *Cruz y Raya* en 1934. La prensa del siguiente día informa:

Anoche, en el Ateneo, Miguel Hernández dio un recital de versos escogidos de Lope de Vega. Rindió Homenaje al Romanticismo español en la figura del Conde de Villamediana y dio a conocer algunas poesías originales. Más Gilabert [el segundo apellido del poeta oriolano] narró algunos datos biográficos de Lope de Vega” (*El Eco de Cartagena*, 28 de agosto de 1935, con el título «En el tricentenario de Lope de Vega»).

La influencia de Lope de Vega se dejará sentir en su obra dramática *El labrador de más aire*.

Un día antes de su intervención, el 26 de agosto, el poeta oriolano regaló a la unionense el original manuscrito en tinta verde del poema hernandiano «No cesará este rayo», fechado ese mismo día (y reproducido en el diario alicantino *Información* el 26 de marzo de 1978), que llevaba la siguiente dedicatoria efusiva: «Para mi queridísima María Cegarra, con todo el fervor de su Miguel Hernández», así como también le obsequió con un ejemplar de *El rayo que no cesa*, aparecido en enero de 1936. El color de tinta verde del original del poema se asemeja al del saluda manuscrito por la propia Cegarra en el recorte de su artículo «Ramón Sijé», ya citado, publicado en *Levante Agrario* el 25 de enero de 1936, que envía al oriolano. El saluda, bajo el nombre y dos apellidos de la autora del trabajo, dice: «Saluda al poeta Miguel [corte del periódico] y le desea muchas pros[peridades] en el año que comie[nza]».

La crítica al acecho

Tenemos que retrotraernos a 1992, un año antes de la muerte de María Cegarra, fecha en que se conmemoraba el cincuentenario de la muerte del poeta oriolano. Agustín Sánchez Vidal publicó una síntesis biográfica de Miguel Hernández que tuvo, entonces, mucha repercusión mediática por las novedades críticas que expuso en *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*. Sánchez (1992: 173-174) alude a Cegarra, pero destaca que ésta no estaba especialmente interesada, sentimentalmente hablando, en el poeta-pastor. Afirma que Hernández sufrió un «deslumbramiento transitorio» (1992: 201) por Cegarra y por Maruja Mallo. Esta línea de

investigación fue inspirada o sugerida por un oriolano que conoció y trató a Miguel Hernández: Ramón Pérez Álvarez, que ya anticipó en «Calvario», publicado en Canfali Vega Baja, de Orihuela, 28 de marzo de 1984, la existencia de dos cartas del oriolano, «Su negativa [a publicarlas] es por una sincera elegancia moral, evitando protagonismo».

El 26 de marzo de 1993 falleció María Cegarra, cincuenta y un años más tarde que Miguel Hernández, que murió el 28 de marzo de 1942. Ambos en primavera. Ángel Roca, Premio Andrés Cegarra Salcedo de tarantas, mineras y cartageneras, ofreció en el funeral esta estrofa improvisada:

[...] canto lleno de emoción
la quintilla que le canto
María Cegarra es La Unión
y aunque vaya al Campo Santo
queda en nuestro corazón.

Recordemos que, a partir del XIV Festival Nacional del Cante de las Minas, se constituyó el Premio Andrés Cegarra Salcedo, para distinguir la mejor letra minera, y que fue apoyado por María Cegarra. Quiso descansar, como su hermano Andrés, en el cementerio de Nuestra Señora del Rosario, al pie de la sierra minera, quién sabe si por una íntima querencia por su tierra o por el recuerdo de paseos acompañada por Miguel Hernández. Sus ojos claros de azul de mar y grises de las galenas de la sierra minera encontraron justo acomodo en el cementerio local.

Sin embargo, fue la propia Cegarra la que levantó la liebre informativa. En una entrevista efectuada a la poeta de La Unión por García Martínez en los Domingos de *La Verdad* del 18 de junio de 1978, declaró: «Guardo tres cartas tuyas, que sólo yo he leído». Y más adelante apostilló: «¿Miguel Hernández

enamorado de mí?, es posible. Pero no quiero hablar del tema, para que nadie piense que busco renombre». En su *Poesía completa*, Cegarra afirma: «Deseo que la lectura de este pequeño libro deje un grato recuerdo, terminándola con los versos de *El rayo que no cesa* en su versión original, a mí dedicada» (1986: 275-277). Se refiere, probablemente, al poema manuscrito de «No cesará este rayo», que Hernández le regaló, y al que ya nos hemos referido.

En 1994, Pérez Álvarez publicó el artículo «María Cegarra-Miguel Hernández. El veto a una relación sentimental incuestionable», que, si bien no tuvo una amplia repercusión mediática por corresponder a una revista oriolana de escasa tirada, sí que fue comentada entre los especialistas hernandianos. Justamente, en esas mismas fechas fueron subastadas las cartas de Miguel Hernández que conservaba Cegarra, y que tres años después, en 1997, como hemos adelantado, harían recordar otro tiempo y una relación sentimental incuestionable, efectivamente, pero no como pretendía Ramón Pérez Álvarez. Pero no nos adelantemos.

En 1995 se publica el libro *Homenaje a María Cegarra*, en edición de Santiago Delgado (Murcia, Editora Regional de Murcia). Varios críticos se centran en el tema «María y Miguel». Ramón Pérez Álvarez colabora con un trabajo «Miguel Hernández en Cabo de Palos (Cartagena) en 1935» (pp. 141-143) (publicado anteriormente en *Boletín del Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales*, COPITI, Alicante, 1991-1992), en el que plantea que los poemas de *El rayo que no cesa* están inspirados en María Cegarra. Y ello porque Cegarra responde, con fecha 28 de enero de 1979, a Pérez Álvarez negativamente en la pretensión de éste de que Cegarra le «suministre datos» para escribir una biografía de Hernández. Belén Pardo Cifuentes, en su trabajo «Miguel Hernández, Cartagena y

María Cegarra» (1995) sigue la teoría del anterior. Santiago Delgado («Miguel Hernández en la obra poética de María Cegarra», pp. 149-161) rastrea la presencia de Hernández en la poesía de Cegarra. Identifica siete poemas alusivos a Miguel Hernández en su obra: seis en *Cristales míos* (números 43-48) y otro («Presencia de Miguel»), fechado en la «primavera de 1979». Según Rubio Paredes (artículo citado, p. 103), en dos de ellos está bien identificado el poeta alicantino por sus rasgos físicos (poema número 43: «bravamente curtida la piel, alucinada la mirada verde blanquinosa brillante, apóstol de luces submarinas»), y por la huella afectiva que produjo el encuentro en Cegarra: «Nadie... supo, sabe pronunciar mi nombre» (poema «Presencia de Miguel»). En los cinco poemas restantes, Delgado intuye o sospecha relaciones entre los dos protagonistas, siempre precedidas de expresiones de prudencia como «creo» o «acaso». En nuestra opinión, se podría advertir en el poema 44: «(Ellos cruzaron sus sueños)», para describir un paseo de ambos poetas a la luz de la luna. En el poema 47:

Se parecían.

Yo no quería que el recién llegado dijera mi nombre
deleitándose en una creación de mayúsculas gallardas y
sonoras.

-¡M-A-R-Í-A!- Como un grito que se envolviera en sí
redondeando sus filos, o una voz lejana que se agudizara
sin herir.

-¡M-A-R-Í-A- Y aguardaba callado -¡él también!-
que yo no respondiera, que me ungiera de sentirme bien
llamada, que supiera del contacto mío con mi nombre.

Más que parecerse, idénticos, los mismos en la sorpresa,
gemelos en el decir ¡M-A-R-Í-A!, y esperar, como si
lloviese el nombre en el silencio

después de dicho,
milagro de ellos sólo.

Y en el poema 48:

Tu voz es como un rocío de pétalos, como una
primavera que cuajara en acentos; como si la pureza
–flores, aromas, color, luz– sublimara en palabras.
Tu voz es vuelo y brisa –alas-, inquietud y sosiego,
realidad y esperanza. Tu voz es la montaña si se volviera
humilde –fortaleza hecha beso- y la llanura llovida de
estrellas –beso hecho cielo.

Delgado (1995: 154) recoge un extracto de la entrevista que García Martínez realizó a Cegarra y que éste recogió en *Gente de Murcia* (1983). En la misma, Cegarra reconoció que daba paseos con el oriolano por los montes mineros de La Unión: «A él le gustaba mucho la poesía, nos paseábamos por aquí, lo llevé a las minas más cercanas y a las puestas de sol... Hablábamos». Paseos reflejados en los poemas 44 y 45 de Cegarra: «Ellos pasaron cantando» y «Ellos cruzaron sus sueños». El ambiente lunar y vegetal («álamos, pinos, cañas») y el geológico («[...] el poniente caído. Hundido en la sierra enferma de pozos, [...]») parece evidente, según Delgado, en la obra de Cegarra. La voz y el silencio, en un equilibrio inestable, silencios con una alta tensión afectiva, sentimental, en definitiva, de dos personas que viven situaciones personales difíciles. Sin embargo, hay que reconocer que no hay una apoyatura documental firme, teorías muy sugerentes y hermosas, pero nada más..., y nada menos.

Para terminar con este libro colectivo publicado en 1995, José María Balcells contribuye en este libro colectivo dedicado a Cegarra con «De Josefina a María, y de María a Maruja» (pp.

163-171). Si bien no deja clara la huella real de Cegarra en la obra hernandiana de ese periodo, esto es, *El rayo que no cesa*.

De las tres cartas de Miguel Hernández dirigidas a María Cegarra, la primera, fechada en Madrid el 7 de septiembre de 1935, era ya conocida, pues fue publicada por la revista murciana *Tránsito* en su segundo número de 1979 en portada y páginas interiores con el título de «Carta inédita de Miguel Hernández», más el poema «Presencia de Miguel», de Cegarra (1995a: 137), del que transcribimos unos versos:

Nadie
-ni antes, ni después de ti-
supo, sabe
pronunciar mi nombre.
Hacías una creación de la palabra,
del tono, del sonido, del acento.
[...]
Entonces vinieron a mi mundo
sueños, ilusiones, esperanzas.
Entonces nacía “El rayo que no cesa”.
[...]

Una «presencia» muy fuerte, alimentada por el recuerdo. Hernández recuerda en la carta cuándo conoció a María:

Te conocí de pronto en Orihuela, te hablé unos momentos; te ví en Cartagena después otros instantes y, por fin, este agosto pasado, inolvidables para mí, los días que estuve por esas tierras, logré hablarte durante varias horas. ¿Por qué no nos veremos con más constancia? Sólo me queda de tu compañía tu libro y dos mendrugos de mineral. Nada más, aunque no es poco. (1995a: 135)

Y, más adelante, le dice: «El otro día quité de la solapa de mi chaqueta aquel nardo que me regalaste. María: ha llegado conmigo hasta Madrid: no debió mustiarse nunca» (1995a: 135). La carta fue recogida en el libro *Homenaje a María Cegarra*, así como el poema de Cegarra.

Las otras dos cartas permanecieron inéditas hasta que José Rubio Paredes las publicó en 1998 en el número 97 de la revista murciana *Murgetana* («La correspondencia epistolar entre Miguel Hernández y María Cegarra», pp. [83]-117). No llevan fecha, pero la segunda de hacia septiembre-octubre de 1935, y la tercera un poco posterior a ésta, de finales de octubre-primeros de noviembre de 1935.

En la segunda, recordemos, de hacia septiembre-octubre de 1935, Hernández lanza un piropo elegante a Cegarra:

Alegra los ojos ver tus verdes cartas que huelen tan bien, que trae el cartero oliendo entre las demás. Me asombra recibirlas con ese olor penetrante que no le quitan ni el roce con las otras, ni la cartera de los mensajeros, ni la distancia que recorre de mano en mano y de tren en tren.

Y más adelante le dice: «Verdaderamente, no es posible que tú estés conforme del todo con la vida que llevas en tu pueblo. Cuando me dijiste ahí que estabas contenta y eras feliz en ese reducido aire minero, no me lo creí». Le comunica que ha hablado con Neruda de ella para que le escriba, así como que pronto le enviará la revista *Caballo Verde para la Poesía*, en la que colabora con el poema «Vecino de la muerte», «diferente de todo lo que conoces mío». Se despide, al igual que en la primera carta, pidiendo a Cegarra que salude a su padre, madre, hermana, «de quien recuerdo su voz y su confitura y tú acéptame esta mano que te tiendo idealmente Miguel tu amigo».

En la tercera carta, de hacia finales de octubre-primeros de noviembre de 1935, vuelve a la carga con el tema del aislamiento y soledad de Cegarra en su pueblo:

Pienso en ti y te veo tan sola en ese pueblo tristísimo, que me da angustia, María [...] Ya sé que tienes tu familia, pero hay necesidades y congojas tan íntimas que no puede curar más que un buen amigo de la misma especie.

Según se puede desprender de este contenido, parecería que Hernández se postula como ese amigo ideal. Tampoco el oriolano se encontraba en una buena situación personal: «Ya estoy cansado de vivir aquí. Busco la manera de escaparme a la tierra que sea». Le confiesa que «No quiero seguir haciendo biografías de toreros y vida de oficina. Paso muchos días tristes, y no me consuela nada en absoluto. Después de todo me digo que no debiera haber salido nunca de pastor». Y más adelante sigue con el tono confesional de desahogo: «Me pongo a escribir y dejo que la tinta exprese lo que voy sintiendo al pensar en tu vida a través de la mía». La similitud de circunstancias personales y ambientales cargantes es evidente: «Llena tu soledad de mí un poco y dime cómo ruedan los días para ti [...] Necesito ahora noticias de todos mis amigos lejanos más que nunca».

El impacto de María Cegarra en Miguel Hernández parece claro. Y en ello ayudaría, sin duda, la situación sentimental del oriolano, que en julio de ese mismo año 1935 ve rota su relación con su novia Josefina Manresa y no se restablece hasta febrero de 1936. Cegarra tampoco llevaba una vida feliz, ya que fue el sustento económico principal de su familia. Sin embargo, José Rubio Paredes descarta la posibilidad de una relación sentimental entre el oriolano y la unionense por diferencias sociales entre ambos. Simpatía mutua de dos jóvenes poetas y nada más.

Y para concluir este panorama crítico y enredar un poco más el asunto, José Luis Ferris publicó en 2002 (con ediciones, revisadas, en 2010 y más recientemente en noviembre de 2016 en la Fundación José Manuel Lara), su biografía de Miguel Hernández, en la que aparece, como no podía ser de otra manera, la «musa» (y algo más) representada por María Cegarra, aparte de Maruja Mallo y María Zambrano, si bien en este último caso algo más difuminado. En su libro, *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta* (2017), a la altura del verano de 1933, Cegarra se refiere a Miguel Hernández en dos cartas dirigidas a Carmen Conde: el 2 de agosto de 1933, «¿Has conocido al Perito en lunas? ¿Y a las astronomías indecisas?»; y el 17 de agosto de ese mismo año: «Aceptados los recuerdos del poeta alucinado» (p. 164). Ferris afirma, tras su lectura de la carta del oriolano a la unionense del 7 de septiembre de 1935 (p. 261), que Hernández «rebosa ilusión y esperanza por la muchacha. Ha vuelto a Madrid resuelto a hacer por ella lo que sólo un hombre deslumbrado por el amor sería capaz de realizar». Para Ferris, la huella de Cegarra en *El rayo que no cesa* se traduce en cinco poemas marcados por un tono platónico y sereno (2017: 295): los sonetos 13 («Mi corazón no puede con la carga»), 21 («¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria...?»), 24 («Fatiga tanto andar sobre la arena»), 25 («Al derramar tu voz su mansedumbre») y 30 (Soneto final, «Por desplumar arcángeles glaciales»). La publicación en marzo de 2002 del libro de Ferris, y la más reciente reedición ampliada y corregida en noviembre de 2017, trajo consigo una polémica crítica que ponía el acento en «las voces debidas» del poemario amoroso hernandiano. En el caso de Cegarra, en nuestra opinión, y para concluir, Ferris no aporta documentación alguna referida a Cegarra que nos permita admitir una relación amorosa. Y, aunque fuese admitida ésta, ¿podría hacer cambiar

la alta calidad estética de los sonetos amorosos? Es hora ya de desterrar razones extraliterarias y centrar nuestro interés en la obra. Cuando dentro de cien años los futuros lectores se sientan lejanos y extraños a dichas motivaciones extraliterarias, sólo servirá la belleza de la obra, y no las conjeturas de algunos críticos, que flaco favor hacen tanto al oriolano como a la unionense.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DELGADO, S. (ed.), (1986). *Cegarra, M., Poesía completa*. Murcia: Editora Regional de Murcia, pp. 275-277.
- DELGADO, S., (1995a). *Homenaje a María Cegarra*. Murcia: Editora Regional.
- DELGADO, S. (ed.) (1995). «De Josefina a María, y de María a Maruja», en *Homenaje a María Cegarra*. Murcia: Editora Regional, pp. 163-171.
- DELGADO, S. (1995). «Miguel Hernández en la obra poética de María Cegarra», en *Homenaje a María Cegarra*. Murcia: Editora Regional, pp. 149-161.
- EL ECO DE CARTAGENA (1935, 28 de agosto). «En el tricentenario de Lope de Vega», en *El Eco de Cartagena*.
- FERRIS, J. L. (2017). *Miguel Hernández, pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 4ª edición.
- GARCÍA MARTÍNEZ, J., (1983). *Gente de Murcia*. Murcia: Ed. Jiménez Godoy.
- PARDO CIFUENTES, B. (1995). «Miguel Hernández, Cartagena y María Cegarra», en DELGADO, S. (ed.) *Homenaje a María Cegarra*, pp. 145-148.
- PÉREZ ÁLVAREZ, R. (1984, 28 de marzo). «Calvario», en *Canfali Vega Baja*.
- PÉREZ ÁLVAREZ, R. (1994, octubre). «María Cegarra-Miguel Hernández. El veto a una relación sentimental incuestionable», en *La Lucerna*, Orihuela, año IV, número 29, pp. 38-39.
- PÉREZ ÁLVAREZ, R. (1995). «Miguel Hernández en Cabo de Palos (Cartagena) en 1935 Homenaje a María Cegarra», en edición de DELGADO, S. Murcia: Editora Regional de Murcia, pp. 141-143.

RUBIO PAREDES, J. (1998). «La correspondencia epistolar entre Miguel Hernández y María Cegarra», en *Murgetana*, número 97, pp. [83]-117.

SÁNCHEZ VIDAL, A., (1992). *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*. Barcelona: Planeta, pp. 173-174.